

Juan Jesús GONZÁLEZ y Fermín BOUZA
Las razones del voto en la España democrática, 1977-2008
 Madrid: Los libros de la catarata, 2009

Juan Jesús González es asturleonés, originario de un lugar desaparecido bajo las aguas (Riaño) , y profesor de Sociología en la UNED. Ha investigado sobre estratificación social, sociología política y medios de comunicación. Su penúltimo libro, *Tres décadas de cambio social en España* (Madrid, Alianza 2008), con M. Requena, ya va por la segunda edición. Fermín Bouza se autodefine como exilado/emigrante galaico en Madrid y es catedrático de Sociología (Opinión Pública) en la Universidad Complutense. Trabaja sobre comunicación política y sociología electoral. Ambos han realizado numerosas publicaciones y codirigen en la actualidad el proyecto de investigación sobre “Agenda de los medios y agenda ciudadana” patrocinado por el Centro de Investigaciones Sociológicas. El libro que acaban de publicar se basa en década y media de investigación político-electoral empírica y de observación minuciosa de la dinámica del voto en nuestra democracia. El texto está dirigido a una audiencia amplia y efectúa un análisis apasionante de ese recorrido electoral con un texto claro y relevante pero desprovisto en su presentación de los tecnicismos estadísticos al uso, que normalmente suelen esconder un análisis políticamente romo.

El punto de partida de la narración, y esta decisión de estilo también es de agradecer, es la opción por la idea de la democracia como control en la que los electores deciden su voto en función de la actuación de los gobernantes y de sus opositores, aunque claro, el voto es una herramienta poco

precisa para matizar entre los múltiples aspectos que integran la compleja actuación de cualquier gobierno contemporáneo. Esta noción de la democracia contrasta con la de la representación como mandato, en la que los electores votan en función de sus intereses a gobiernos/oposiciones que se cifan a sus propuestas electorales. Como estos intereses son cambiantes los votantes pueden seguir votando a un gobierno infiel a sus promesas pero que mejore su bienestar. Con la idea de democracia como control se incorpora la hipótesis de la evaluación racional que los votantes realizan sobre las decisiones de gobernantes y opositores.

De acuerdo con ello, los electores al votar hacen un “depósito de confianza” que implica una rendición de cuentas al final de su mandato. Por ello los políticos están siempre pendientes de su (re-)elección, escudriñando atentamente las evoluciones de la opinión pública reflejada en los medios y en las encuestas, y los votantes atienden a lo que hacen los políticos, a cómo gobiernan o se oponen, por lo que predomina “el componente retrospectivo del voto sobre el prospectivo”. Una de las novedades más atractivas del libro consiste en su acento en la dimensión mediática para la comprensión de la dinámica electoral por lo que han añadido un muy interesante anexo sobre las diversas agendas (política, mediática, pública y personal) y su relación con el voto en las elecciones de 2008. El análisis gravita sobre aquellos votantes situados en el centro del espectro ideológico pues son los “más decisivos a la

hora de decantar la victoria electoral". La decisión electoral depende de dos factores: la distancia ideológica, la proximidad relativa a los partidos, y el cálculo racional de costes y beneficios correspondiente a cada una de las ofertas disponibles.

El tiempo de la transición se caracterizó en muy recientes palabras de Santos Juliá por "esa mezcla de audacia e incertidumbre, de aprendizaje del pasado y de echar al olvido el pasado, de coraje y miedo, de dos pasos adelante y uno atrás, de pesada carga de la herencia y frágil esperanza del futuro"¹. Quienes no vivieron esa etapa han dado en criticar ese cambio político, hablando de mitos, traiciones, olvidos y amnesias, ocultando lo que tuvieron de conflicto, incertidumbre, violencia, riesgo y aprendizaje por parte de todos los que sí lo vivimos. Por eso el capítulo dedicado a las elecciones de la transición en 1977 y 1979 es muy saludable pues resalta, con la ventaja de la retrospectiva, el papel de los líderes y el lugar de la memoria colectiva. Una anécdota de 1975-76 puede ilustrar la situación, requerida una anciana de una aldea de la sierra norte madrileña para responder a un cuestionario contestó a su entrevistadora "No hija, no. Yo no entiendo de política. Lo que hace falta es que el Franco de ahora sea tan bueno como el de antes"².

Nuestros autores resaltan justamente la influencia desempeñada por el resultado del referéndum sobre la Reforma Política de noviembre de 1976 y el importante éxito

de Suárez que ha condicionado el sistema de partidos desde entonces, al consagrar un modelo proporcional corregido, con un mínimo de representación por provincia independiente de su población, que funciona como un sistema mayoritario en las provincias más conservadoras y como proporcional en las zonas urbanas con mayores expectativas de la izquierda y en las provincias con partidos nacionalistas. Con todo, en las elecciones de 1977, las izquierdas (PSOE, PSP y PCE) superaron en votos al centro-derecha pero no en escaños y fueron, además, "un ejercicio de memoria compartida" en virtud del cual los sectores protagonistas en el poder (AP) y en la oposición (PCE) en el franquismo fueron orillados en favor de sectores secundarios más moderados tanto en el centro-derecha (UCD) como en la izquierda (PSOE). Las elecciones de 1979 mostraron "una cierta situación de bloqueo" y desencanto pues ningún partido parecía capaz de crecer. Al PSOE se lo impedía su extremismo, utilizado por Suárez en el cierre de campaña televisivo invocando el voto del miedo a su programa marxista. A la UCD sus conflictos internos que terminaron por devorarla. El PCE había desaparecido en términos organizativos y movilizadores a cambio de su legalización. La conclusión de esta etapa es la relación "manifiestamente instrumental con las instituciones democráticas" de los españoles que va a caracterizar la evolución política posterior. La etapa socialista supone la ocupación del centro por el PSOE mediante los dos congresos realizados en 1979 en los que renuncia al marxismo y a otros vetustos vestigios, y pasa de la radicalización a la moderación, cerrando el paso al PCE. Si a ello unimos el proceso de autodestrucción de UCD, diezmada por las fugas en su grupo parla-

¹ Santos Juliá: "Mientras zumbaban las balas", *El País*, 22-4-2009.

² Manuel Justel 1992: "El líder como factor de decisión y explicación de voto", *Working Paper* 51. ICPS, Barcelona: 3.

mentario y la tendencia generalizada al voto útil, tras el fallido golpe de Estado de 1981, la primera victoria socialista por mayoría absoluta estaba servida. Según González y Bouza, lo característico de la triple mayoría absoluta del PSOE en 1982, 1986 y 1989, no es tanto un triunfo ideológico de la izquierda como el resultado de un bloqueo organizativo de la derecha incapaz de culminar la transición, lo que convierte al PSOE en un partido capaz de representar a casi todos los sectores sociales y que adquiere en ocasiones un carácter nacional al obtener apoyos electorales significativos en todos los territorios. Las políticas impulsadas por los socialistas en estos años suponen el triunfo de la moderación y la continuidad respecto a las desarrolladas por la UCD y sólo al final de su etapa de gobierno implantarán medidas más acordes con su ideario. A la hegemonía del PSOE contribuyó impagablemente la derecha liderada por Fraga, enredada todavía en asuntos de connotaciones religiosas (en 1987 el número de católicos no practicantes superó por primera vez en España a los que afirmaban ser practicantes) e incapaz de organizarse en un partido político moderno.

La quiebra de la hegemonía socialista comienza con la ruptura con la UGT con lo que esta deja de pedir el voto para el PSOE en las elecciones de 1989, tras el conflicto sobre la reforma del mercado de trabajo que había motivado la huelga general de 1988. La pérdida de la hegemonía socialista culmina en un proceso de *polarización política*, con la refundación del PP en 1988 y su labor de unificación del voto de centro-derecha, y *mediática*, con la liberalización de la televisión en 1989. Esta doble circunstancia supone el alumbramiento en España del sistema de medios y política de "pluralismo polarizado"

en expresión de Hallin y Mancini. La polémica concesión de Canal Plus al Grupo Prisa, que se había hecho previamente con la cadena SER de radio en 1985 y que se deshizo en una maniobra turbia de su competidora Antena 3 Radio y televisión en 1992, comprándola al Grupo Godó, accionista de ambas y dueño del rotativo barcelonés *La Vanguardia*. Con estos movimientos se consolidaba el poderoso polo filosocialista en los medios de comunicación audiovisuales encabezado por el Grupo Prisa y el diario *El País*: periódico que nunca revelaría ni amplificaría ninguno de los escándalos de corrupción y terrorismo de Estado que afligirían a los socialistas en su penúltima etapa en el poder.

Las elecciones de 1993 presenciaron los primeros debates televisivos entre los dos principales candidatos y los últimos hasta 2008. Aznar arrolló en el primero pero González contraatacó en el segundo agitando el voto del miedo al "programa oculto del PP", lo bastante para ganar por poco sus últimas elecciones generales. Aznar ganaría por muy poco también las elecciones de 1996. La combinación de la campaña de acoso y derribo contra González y un giro al centro poco convincente no fueron suficientes para lograr una mayoría más amplia. La mayoría absoluta de Aznar en 2000 se basó tanto en el millón de votantes de izquierda que votó al PP tras su brillante experiencia de gestión de un gobierno en minoría, como del otro millón que se abstuvo. Supuso el triunfo del voto racional, económico, frente al ideológico. El electorado estaba más próximo al PSOE en términos ideológicos pero valoraba mejor la capacidad gestora del PP en la mayoría de las políticas públicas.

Los errores de Aznar que, según González y Bouza, cavarian la tumba electoral

del PP en la elecciones de 2004, junto a la pésima gestión de la crisis producida por los atentados terroristas del 11-M en Madrid, fueron tres: una aplicación doctrinaria de la política de equilibrio presupuestario que no tuvo en cuenta que la creciente inmigración traspasaba el coste a los trabajadores autóctonos; el conflicto de la primavera de 2002 con los sindicatos por la renuencia de estos a la reforma del mercado de trabajo; el apoyo simbólico y logístico a la guerra en Iraq. La razón de que aquellas elecciones sean difíciles de examinar radica en que el CIS no realizó ese año una encuesta tipo panel, por razones que se desconocen, algo imprescindible para realizar análisis electoral en condiciones³. De hecho, el texto monográfico publicado por el CIS sobre estas elecciones se basa en otra encuesta postelectoral diferente, y aunque no se proporciona información detallada sobre su calidad técnica como suele o debería ser habitual, una de las autoras de un capítulo señala también la necesidad de contar con datos de ese tipo de encuesta, desgraciadamente no disponibles.

El ambiente simbólico de las elecciones de 2008 se caracteriza idóneamente como “polarización política y desenfreno mediático”. Los fracasos de Rodríguez Zapatero que le impidieron obtener una mayoría más holgada pero fomentaron la polarización, sin olvidar la errática oposición del PP muy bien analizada en el Anexo sobre las distintas agendas en esas elecciones, fueron también al menos

tres: la negociación del Estatuto de Cataluña desde la cesión a las tesis nacionalistas y la improvisación; la negociación política con la banda terrorista ETA; la división y la controversia generadas por la ley de memoria histórica. Todo ello llevó a que el gobierno socialista perdiera el control de la agenda pública en manos de los medios opositores cercanos al PP. Y siendo cierto lo que se afirma sobre la falta de argumentación racional y debate de ideas y otras lindezas achacables a la falta de profesionalidad periodística, tampoco cabe ignorar que las invectivas y descalificaciones tienen un manantial inagotable en la verborragia de nuestros políticos profesionales reclutados por selección negativa. La polarización tendría efectos paradójicos pues movilizaría a la izquierda, perjudicando al PP, pero alejaría al PSOE del centro, beneficiándole.

El libro se lee muy bien y resulta claro lo que no es hazaña menor en estas materias. Pero adolece de algunas reiteraciones y anglicismos que habrían debido desaparecer bajo el cuidado de un corrector a la vieja usanza. Por cierto, aunque esté muy extendido, el reimportar del latín a través del inglés *versus* que allí significa contra o frente a, en especial en el lenguaje forense, no tiene sentido en castellano pues en nuestro contexto quiere decir hacia, su significado en latín. Más grave es un fallo de edición cuando se alude a unos hábitos de audiencia que no se recogen en la tabla correspondiente (p. 159). El libro, por lo demás, suscita algunas cuestiones. En un plano conceptual los autores emplean polarización en el sentido de estrategia emprendida por las elites, pero cuando hablamos de aumento de la polarización entre las elites políticas y periodísticas ¿Cuáles son las repercusiones en las percepciones de los partidos por el

³ ¿Por qué no sustraer al CIS del control de nuestro posesivo y veleidoso Estado de Partidos? Podría convertirse así en un organismo similar al encargado en EEUU de los American National Election Studies (ANES), gestionado sólo por criterios académicos.

electorado? ¿Qué suscita la polarización de las estrategias? ¿La retórica negativa de los políticos o su recurso a las movilizaciones extraparlamentarias y a la política de calle? ¿Quién sigue a quién en la dinámica? ¿Los políticos a los periodistas o a la inversa? ¿La polarización se produce sólo a lo largo del eje izquierda-derecha o también en otros ejes de la competición política? ¿Y cuáles son sus consecuencias sobre el sistema de partidos en general? Por cierto que lo de la polarización parece presentarse implícitamente como algo “malo” en términos normativos, pero Dalton, en otro plano de análisis, y tras constatar un aumento de la polarización del sistema de partidos en España en las dos últimas elecciones, señala que “un sistema [de partidos] altamente polarizado produce aparentemente unas opciones entre partidos más claras, estimula la participación, afecta a la representación y tiene una competición partidista más intensa. Así, la distancia ideológica entre ganadores y perdedores es mayor y las implicaciones del control del gobierno para las políticas públicas son más sustanciales. Y a la inversa, un sistema de partidos centrista reflejaría un mayor consenso en el proceso electoral, al menos en términos de izquierda y derecha, menos conflicto interpartidario y menos receptividad política”⁴. ¿Pero no se trataba de que los partidos una vez alcanzado el poder fueran más receptivos al votante medio? ¿En qué quedamos? El libro deja un regusto excelente y sería de mucho

interés que nuestros políticos lo leyesen y que los autores nos obsequiasen con futuras entregas desde esta perspectiva con más detalle y desarrollo técnico.

JOSÉ A. OLMEDA
Catedrático de Ciencia Política
UNED

⁴Russell J. Dalton 2008: “The Quantity and the Quality of Party Systems: Party System Polarization, Its Measurement, and Its Consequences”, *Comparative Political Studies*, 41, 7, julio: 899-920, la cita en p. 909.